

LA MARAVILLOSA PROVIDENCIA DE DIOS

Todo sucedió el invierno del año 2011, cuando mi Dios comenzó a permitir que me acontecieran una serie de sucesos que me llevarían a los pies de Jesús y seguidamente a enamorarme de Él. Comenzó en la fría madrugada del 2 de enero del 2011, cuando mi tercera hija Sara nació. Recuerdo que mi esposa Miriam me despertó de madrugada con un grito de dolor, pues ya había comenzado la cuenta atrás, mi hija ya quería salir del vientre de su madre, y me dijo: ya viene, vamos, démonos prisa, hemos de ir al hospital. Nos vestimos y nos pusimos en marcha, pero antes de salir del portal donde vivimos, mi esposa me dijo: no puedo seguir, noto como si la cabeza estuviera a punto de salir. Yo no la creí y le puse mi mano para ver lo que pasaba, efectivamente, toqué la pequeña cabecita de mi niña que ya asomaba, luego estiramos en el rellano del portal a mi esposa Miriam. Mi suegra y la tía Nieves se propusieron sacar a la niña, yo muy nervioso salí a la calle a llamar una ambulancia, recuerdo que estaba temblando, pues lo normal es que los niños nazcan en un hospital.

Para mí era una pesadilla y me acordé de lo que dice el salmista: *“invócame en el día de la angustia; y te librare, y tu me honraras”* (Salmos 50:15). Y clame a Dios. Me acuerdo que le dije: *“no me hagas pasar por esto, no permitas que le pase nada a mi niña, ni a mi mujer, por favor te lo pido, te prometo que te serviré toda la vida, pero por favor te lo pido, no les hagas pagar mis iniquidades a ellas, no han hecho nada, mi esposa te alaba, te adora y te ama, te ruego que tengas misericordia de este hombre que te pide clemencia y perdón, y que te promete servirte y hacer lo que le pidas, pero no permitas que les pase nada, no me lo perdonaría, tu sabes lo que significan para mi, ellas son la fuente de la cual yo me alimento, no me imagino un nuevo día sin ellas, pues el sol se pone y se esconde con ellas, y tu sabes que no miento”*. Entonces hubo un gran silencio, los gritos de mi esposa, de mi suegra y mi tía ya no se escuchaban, me di la vuelta hacia la puerta, y vi por debajo de ella que salía un reguero de sangre mezclado con la placenta, entré al portal de la escalera y vi a mi suegra con las manos teñidas de sangre sosteniendo a la niña por los pies, la niña no lloraba, pero mi esposa exhausta y temblando introdujo los dedos en su pequeña boca y entonces lloró, fueron unos segundos de agonía debido a la impotencia de no saber qué hacer, luego alce la vista y vi a mi hijo mayor en la cabeza de su madre aterrorizado, le dije: Jose, hijo, sube a casa a por algo para tapar a tu hermana, cuando subía la escalera me di cuenta que un poco más arriba estaba mi otra hija Kiara, muy asustada y llorando mucho me decía: que pasa papá, la mamá está muy mal. Mi pequeña solo veía sangre y más sangre. El rellano de la escalera estaba lleno de sangre, las paredes también estaban salpicadas, que escena tan terrorífica para unos

niños tan pequeños. Mi hijo bajó una toalla que había en el baño y tapé a la niña, se la puse en los brazos de mi tía Nieves y la acompañé a un taxi camino del hospital. Entré de nuevo en la escalera y abracé a mi esposa, esperé a la ambulancia. Lo más sorprendente de todo es que mi niña tenía en el cordón umbilical un nudito pequeñito que impedía que perdiera sangre. Dios había escuchado al que le clama. Él escucha a todo corazón contrito y humillado y no lo abandona. Cuando llegamos al hospital el médico me dijo: “no hubiera ido mejor el parto aquí; por cierto, ¿quien le cortó el cordón umbilical a la niña?”. Le respondí que la providencia y la soberanía de Dios lo había hecho.

Una vez pasado el susto inicial, me dije a mí mismo: Ahora debo seguir al Señor, fue lo que le prometí. Cuando les dieron el alta del hospital, y estábamos más tranquilos, fui a una iglesia que había en el barrio, pertenecía a una denominación pentecostal llamada iglesia evangélica de Filadelfia, donde se congregaba toda mi familia. Allí le comencé a agradecer todo lo que había hecho por mí. No tenía palabras para demostrarle tanto agradecimiento. No podía parar de llorar por todo lo que le había hecho, y Él a la primera suplica respondió a mi clamor. Uno de esos días ya no pude aguantar más la presión que sentía en mi corazón, necesitaba hacer un voto de confesión, decirle al mundo entero lo que me pasaba y le dije al pastor de la iglesia (por aquel entonces era el pastor Lele), que quería recibir a Cristo y servirle.

Fueron pasando los días y mi amor por Dios crecía en gran manera. Pasaba horas estudiando Su palabra y buscando a Dios. A veces pienso qué habría sucedido si no hubiera pasado lo de mi hija, quizás nunca habría conocido al Señor, no lo sé, Él todo lo sabe y todo lo puede.

Pero aunque fue la experiencia más angustiosa que jamás he vivido, le doy gracias a Dios por haberme rescatado de este mundo y haberme permitido amarlo. A medida que pasaba el tiempo y la palabra de Dios iba impactando mi corazón, me daba cuenta que todo lo que pensaba de la vida era vanidad y aflicción para mi espíritu, como dice el sabio salomón en Eclesiastés. Me di cuenta que la vida sin Él no tenía sentido. El Señor me cambio la forma de ver las cosas, cambio el rumbo de mi vida, despertó sentimientos que desconocía, ambiciones que yo pensaba que nunca tendría, pero ese es Dios, el Incomparable, Sublime y Todopoderoso, el que llama a las cosas que no son como si lo fuesen, y lo imposible para ti Él lo ve y lo hace posible.

LA PALABRA TE CONFRONTA

Pero desgraciadamente no es oro todo lo que reluce, y comencé a darme cuenta de tantas cosas que dicen las Escrituras y que no hacíamos. Me di cuenta que el mundo estaba infiltrado en la iglesia. Las costumbres y la cultura a veces predominaban. Y me acordé de la secta de los fariseos, cómo se aferraban a las tradiciones judías y a lo que los ancianos decían por encima de la ley de Dios. De igual manera que ellos, nosotros nos aferrábamos a nuestras tradiciones y cultura aunque transgrediéramos la palabra de Dios.

En una comunidad de personas de etnia gitana es muy difícil que se olviden de sus costumbres, tradiciones, y cultura, sobre todo cuando los líderes de la iglesia diluyen el evangelio de Cristo hasta un punto en que se predica de modo que no pongas en conflicto tales cosas con la palabra de Dios. Las personas de nuestra etnia tenemos cosas muy buenas: respeto a los ancianos, a las viudas, las mujeres se guardan vírgenes hasta el matrimonio, nos ayudamos unos a otros, todos somos unos, etc. pero en cambio tenemos muchas cosas que contradicen las Escrituras como la idolatría, el paganismo, y muchas cosas más relacionadas con las